

Corrian ya del santo Nacimiento  
Cuarenta y ocho sobre quince cientos,  
Cuando con pocos hizo mudamiento  
De la nueva ciudad y sus asentios;  
Llegó con los demás en salvamento,  
Amigos y parientes descontentos  
A causa de hallar en su tenencia  
Otro nuevo juez de residencia.

Mas este como fuese caballero,  
Hombre de gran valor y circunspecto,  
Diferencióse mucho del primero  
Y túvole grandísimo respecto;  
No maculó su fama por dinero  
Ni de codicia mala fué subyector;  
Traia sobre seis gobernaciones  
Gobierno por reales provisiones.

Aqueste se llamaba Miguel Díaz,  
Varon de grandes letras y loables;  
Fué notado de algunas demasias  
Que no fueran en otros tan culpables;  
Pues segun las que vemos estos dias  
Aquellas eran mas que tolerables  
Porque paraban en lascivos hechos  
Sin pretension de robos ni cohechos.

Agora los dos males andan juntos,  
Pues si lasciva Venus los abrasa,  
No por eso jueces pierden puntos  
En recoger pillajes acia casa:  
Estas no son sospechas ni barruntos,  
Porque lo hacen ya por plaza rasa;  
Pero callemos deshonestidades,  
Que dan grande disgusto las verdades.

Durante pues aquesta residencia,  
Que yo también de vista tractar puedo,  
De Popayan y de su pertenencia  
Vino por mariscal George Robledo,  
Casado con mujer de tal decencia  
Que la podríamos loar sin miedo:  
Esta señora fué doña María  
Que de Caravajal nombre tenia.

Trajo consigo cándidas doncellas,  
Deudas cercanas suyas principales,  
Y aquí tenemos hoy á las dos dellas  
Con el renombre de Caravajales,  
Con hijos de valor y hijas bellas  
Y en todas partes de virtud cabales:  
Y son doña Francisca, gran cristiana,  
Y doña Leonor, que fué su hermana.

De la doña Francisca fué marido  
Diego Garcia Pacheco, señalado  
En este nuevo reino y escogido,  
Y el capitán Baltasar Maldonado  
De la doña Leonor, en quien se vido  
Valor sobre valores encumbrado,  
Como mas largamente lo diremos  
Cuando los deste reino celebremos.

Siendo Robledo pues encaminado  
Al pueblo de Antioquia residente,  
Para que fuese mas autorizado  
Y el Benalcázar menos impaciente,  
Fué por el Miguel Díaz señalado  
De Popayan por general teniente,  
Y con poder, demás de la tenencia,  
Para tomar á todos residencia.

A fin cruel lo lleva su destino,  
Y de su pensamiento muy avieso,  
Siendo varon de tanto mal indino  
Y digno de mas próspero suceso;  
Mas vaya por agora su camino,  
Hasta que relatemos el proceso,  
Porque para poner mayor espanto  
Lo quiero concluir con nuevo canto.

## CANTO NOVENO.

Donde se da razon de las novedades que hubo en Antioquia después que el adelantado don Pedro de Heredia se vino para Cartagena, y don George Robledo llegó con título de mariscal y con poderes del licenciado Miguel Diaz Armendariz, gobernador de todas aquellas gobernaciones, y de los casos acontecidos en Cartagena hasta la muerte de don Pedro de Heredia.

Los casos venideros y secretos,  
Aunque prudentes algo dellos vean,  
Suélpuse defraudar los mas discretos  
Midiéndolos segun ellos desean,  
Y las mas veces salen los efectos  
No como los nivelan ni tantean,  
Por ir por otras vias la ventura  
De las que debujó su conyectura.

Ansí los que dejamos señalados,  
Hombres todos sagaces y prudentes,  
Cuando pensaban ser en sus estados  
Seguros de pasados accidentes,  
Mudables condiciones de los hados  
Los llevaron por vias diferentes  
De las que merecia su talento,  
Virtud, bondad, valor, merecimiento.

Al Heredia pues invida cuadrilla  
Tanto lo persiguió con residencia,  
Que le hicieron remover la silla,  
Y con apelacion de la sentencia  
El y el hermano fueron á Castilla,  
Donde se remedió con su presencia;  
Y así los dos después de ser oidos  
Volvieron libres y favorecidos.

Y antes que los hermanos diesen vuelta,  
Y aun antes de salir destos estados,  
En Antioquia vimos gran revuelta  
Entre los de los dos adelantados,  
Como sucede cuando gente suelta  
A varios bandos son aficionadas,  
Por acudir allí como primero  
El bachiller Alonso Madroñero.

El cual luego privó de su derecho  
A los cartagineses principales,  
Deshaciendo lo por Heredia hecho,  
Hasta las cosas menos substanciales,  
Repartiendo los indios de provecho  
A sus apasionados y parciales;  
Y de nuevo cabildo y regimiento  
Ansímismo hicieron nombramiento.

No podian llevar los despojados  
Aquestos menosprecios con templanza:  
Buscaban modos para ser vengados  
Y no vian camino de venganza,  
Por ser pocos y mal aderezados,  
Y los contrarios de mayor pujanza;  
Mas las iras, enojos y rancores  
Pudieron mucho mas que los temores.

Pues convocados donde les cumpla,  
Sin que se rezumase tal intento,  
Se concertaron en un mismo dia,  
Ligados con solemne juramento;  
Ansí que, desecharon cobardia,  
Por dar á su deseo cumplimiento  
En viendo coyunturas y sazones  
Que concordaron con sus intenciones.

Apercebido cada compañero  
Con ropas, no de fiestas ni de bodas,  
Sino con las que hacen del acero,  
Luego prendieron á Gaspar de Rodas  
Y al bachiller Alonso Madroñero,  
Y en un instante las personas todas  
Mas arriscadas, y de quien se piensa  
Que juntos procuraran su defensa.

Estaban fuera destos pensamientos  
Las personas que fueron prisioneras,  
Unos seguros en sus aposentos,  
Otros en su labor de sementeras;  
Al fin salieron bien con sus intentos  
Y á todos los pusieron en colleras,  
Y con guardas bastantes y en cadena  
Los enviaron para Cartagena.

Yendo por harto trabajosa via  
Y con mayor zozobra que yo digo,  
Toparon al Robledo que venia,  
Y soltó muchos que llevó consigo;  
Soltó también á Rodas que tenia  
Por especial y singular amigo,  
El cual gobierna hoy la tierra misma  
Sobre que sucedió la dicha cisma.

Al pueblo de Antioquia venido  
En infaustas y tristes conjunciones,  
De todos ellos fué bien recibido,  
Y con sinceridad de corazones  
Por justicia mayor obedecido  
Desque manifestó las provisiones;  
Y en gran conformidad usaba dellas  
Oyendo las demandas y querellas.

Otros pueblos también lo recibian,  
Donde manifestaba sus recados,  
De los cuales algunos lo hacian  
No tanto por amor cuanto forzados,  
Dándole por disculpa que debian  
A Benalcázar ser notificados  
Primero, pues á la real corona  
A servir fué por su propia persona.

También constaron otros desafueros,  
Porque prendió los regios oficiales  
Por no querer prestar ciertos dineros  
De las cesáreas rentas y reales,  
Que para tener malos paraderos  
Una fué de las causas principales  
Tomallos él por fuerza de la caja  
En la ciudad de Arma donde baja.

En Popayan la nueva fué sabida,  
Y luego se partió gente lustrosa  
A dar el parabién de la venida  
Y del poder y dignidad honrosa:  
Alvaro de Mendoza se convida,  
Pedro de Barros y el cruzado Sosa,  
Con otros conocidos caballeros  
En trabajos pasados compañeros.

Fuete la vista dellos agradable  
Por ser conversacion de muchos años,  
Tracto sincero y amistad loable  
Y libre de los pérdidas engaños;  
Mas esta vista, rueda variable  
Hizo que fuese para grandes daños,  
Por dalle sus favores sin malicia  
Y no pensando ser contra justicia.

En este mismo tiempo que se halla  
Robledo con amiga parentela,  
En rompimiento vino de batalla  
Pizarro contra Blasco Nuñez Vela;  
Murió con muchos que mi pluma calla  
Del escuadron de su leal tutela,  
Personas de valor y de gran peso,  
Y Sebastián de Benalcázar preso.

Tractólo bien el vencedor tirano,  
Por haber sido capitán antiguo  
En los gobiernos del marqués su hermano  
Y entonces del Gonzalo gran amigo,  
Aunque después por sí tomó la mano  
Por los medios que agora yo no digo;  
Pero si vida mas nos acompaña  
Diremos su valor y buena maña.

Usando pues Gonzalo de clemencia  
Y respetando su conocimiento,  
Para poder volver le dió licencia  
A su gobierno y adelantamiento;  
Y demás desta tal magnificencia,  
Se le dió todo buen aviamiento  
Y cosas necesarias á su gasto  
Hasta llegar á la ciudad de Pasto.

En aquella sazón allí vecino  
Un Francisco Fernandez Giron era,  
Nombrado luego por ser hombre dino  
En el cargo que tuvo Juan Cabrera;  
El cual con mucha gente con él vino  
A su gobernacion y á su frontera,  
Quejoso como supo del enredo  
Usado por el don George Robledo.

Diciendo, no sin un cierto gemido  
Sacado del profundo de su pecho:  
«Con malos términos ha respondido  
A lo que siempre yo por él he hecho,  
Siendo de mí Robledo preferido  
En voluntad, en honra y en provecho;  
Pero podría ser, pues tiempo rueda,  
Pagalle yo con otra tal moneda.»

No faltaron muy buenas voluntades  
Entre varones nobles desta gente,  
Solicitos en las conformidades,  
Y no hallaban seco despidiente  
Ni razon resoluta de amistades  
Que por entero fuese concluyente,  
Pues solamente siendo persuadido  
Parecia prestalles buen oido.

Sabido por Robledo que venia,  
En su lugar, á le besar las manos,  
A Barros y al comendador envia,  
Ambos á dos hidalgos lusitanos,  
Y Alvaro de Mendoza que los guía,  
Y otros muchos que van con pechos sanos;  
Los cuales topan con el avanguardia,  
Y dicenles venir en retaguardia.

Pasaron todos ellos adelante  
A dar de su mensaje las razones:  
Benalcázar mostró ledo semblante,  
Pero no sin dañadas intenciones;  
Pues desarmándolos en un instante,  
A todos les mandó poner prisiones,  
Y caminó con ellos á recado  
Sin Robledo poder ser avisado.

El sol cubria ya dorada frente,  
Dejando sin su luz la media esfera,  
Y el dicho Benalcázar no consiente  
Que la gente detenga su carrera,  
Hasta llegar adonde de presente  
Los avisos el mariscal espera,  
En un pueblo que se llamaba Pozo,  
Do se precipitó todo su gozo.

Y así por asperísimo camino  
Y un riguroso paso de quebrada,  
El animoso Benalcázar vino  
A Pozo, villa ya conmemorada,  
Donde sobresaltaron al vecino  
Y al mariscal cercaron la posada,  
Al cual pusieron inmediatamente  
En cepo y grillos como delincuente.

Con examinador de pecadoras  
Almas, lo meten en pequeña pieza,  
Y sin mas intervalos ni demoras  
Tapete y el cuchillo se adereza:  
De manera que dentro de dos horas  
Mandó que le cortasen la cabeza,  
Y al comendador Sosa, que sin rienda  
En los negocios suyos metió prenda.

Dia del bienaventurado santo  
Seráfico Francisco, cuya fiesta  
Se suele celebrar con dulce canto  
Del coro de católicos, aquesta  
Se celebró con lágrimas y llantos,  
Y traje que tristeza manifiesta;  
Apelan del rigor de la sentencia,  
Mas nunca lo movieron á clemencia.

Cargaron religiosos y los legos  
Con pientisimas intercesiones,  
Mas fueron poca parte con sus ruegos  
Para les otorgar apelaciones:  
Tan vivos y encendidos son los fuegos  
De los apasionados corazones,  
Pues en lo mas ó menos importante  
No se les pone cosa por delante.

Sacaron de la cárcel los dos juntos  
Con espantosa voz de pregonero,  
Los graves rostros ya como defuntos,  
Enajenados del color primero:  
Sollozos y suspiros son los puntos  
De los ministros del honesto clero;  
La muchedumbre que los acompaña  
Con lágrimas sin fin el rostro baña.

Al horrible lugar del sacrificio  
Los llevaron con cruces en las manos;  
Llegóse de los indios gran bullicio  
Para ver justiciar los dos cristianos;  
Hicieron los verdugos el oficio  
Que suelen los ministros inhumanos:  
Quedaron con las impías heridas  
Las almas de los cuerpos despedidas.

En dos partes divisa la garganta,  
Sale vital humor y rubicundo,  
Porque veais cuán presto se quebranta  
El edificio vano deste mundo,  
Que sobre grandes torres se levanta  
Y en un punto lo veis en el profundo:  
Locura es no recelar mudanza  
Quien mas subida tiene la balanza.

Ahorcado murió desde á dos días  
Baltasar de Ledesma ya nombrado,  
Y otro con él, que fué Cristóbal Diaz,  
Para cualquier afrenta buen soldado  
Hizo prender al padre Juan de Frias,  
Y estubo con prisiones molesto;  
Al Mendoza y al Barros antes presos  
Con solamente cárcel fueron lesos.

Para librarse del rigor malino,  
Furiosas y primeras tempestades,  
Valió no se hallar al desatino  
De las antioqueñas vanidades,  
Y Francisco Fernandez ser padrino  
En que les concediesen libertades,  
A causa que de tiempos mas antiguos  
Ambos á dos le fueron muy amigos.

Pues Benalcázar por echar fué primera  
A los enojos de varon severo,  
Envio por juez á Juan Coello  
A Antioquia con poder entero,  
Con presupuesto de estirar el cuello  
A los de la prision de Madroñero,  
Y el buen Gaspar de Rodas por teniente  
Y capitán mayor de aquella gente.

Mas el Gaspar de Rodas como bueno,  
Deseando librallos desta pena,  
Puso secretas cartas en un seno  
A punto y á sazón que les fué buena,  
Pues los culpados dejan el terreno  
Y caminaron para Cartagena;  
Y así Coello por aquellas sendas  
Nunca halló culpados ni haciendas.

Destos un Almaraz era primero,  
Clérigo que tenían en estima,  
Y Diego de Mendoza y Ladrillero,  
El cual tuvo después indios en Lima;  
Fué Diego Hogazon su compañero,  
Con otros que no caben en mi rima,  
Soldados del Robledo valedores  
De los mas escogidos y mejores.

Sin sucedelles mal inconveniente  
Llegaron donde tengo referido,  
Y estos con mucha cantidad de gente  
Que residian por aquel partido  
Llevó consigo Gasca, presidente  
Que ya contra Pizarro era venido;  
Así que de la gente mas lucida  
La costa por allí quedó barrida.

El don Pedro de Heredia, que causado  
Estaba de jornadas, y en efeto  
De golpes de jueces descarnado,  
Que cierto lo pusieron en aprieto,  
Viéndose de vejez ya rodeado,  
Puso los ojos en estar quieto,  
Si dominio fatal y violento  
Condescendiera con su pensamiento.

Mas aunque ya con horas y rosarios  
Eran sus traetos y conversaciones,  
Teniendo los avisos necesarios  
En nunca perder misas ni sermones,  
Todavía duraban de contrarios  
Dañadas y malditas intenciones,  
Cuyos contrastes eran de tal suerte  
Que fueron ocasiones de su muerte.

Mas antes que lleguemos al remate  
Y fin acerbo del varon famoso,  
Quiero contar un pérfido dislate  
Intentado por cierto religioso,  
Porque razon requiere que lo trate  
Por ser atrevimiento monstruoso,  
Y sin entremeter paja ni ripio  
Diremos el origen y principio.

El año de quinientos y cincuenta  
Hicieron los Contreras tal esceso,  
Que con mano sacrilega, violenta,  
Mataron al obispo Valdevieso;  
Y en él también sus manos ensangrienta  
Castaneda, que fué fraile profeso  
En Nicaragua, do con los traidores  
Se congregaron muchos malhechores.

Fueron á Panamá los delincuentes  
Do hicieron también hechos inicuos,  
Y con lo que robaron á las gentes,  
Si les durara, fueran todos ricos;  
Iban allí como sobresalientes  
También otros dos frailes dominicos,  
Fray Andrés de Albis muy desvanecido,  
Con otro fray Alonso tan perdido.

Vencidas estas pérfidas banderas  
Por un Martin Ruiz, dicho Marchena,  
Y poblados los campos y riberas  
De los que merecian mortal pena,  
No sé yo por qué vías ó maneras  
Fueron los frailes dos á Cartagena,  
En cuyo territorio y hemisferio  
Era recién fundado monasterio.

Fray Josepe de Robles fué primera  
Persona fundadora del convento,  
No donde agora está, sino mas fuera,  
Que en los jaqueyes fué primer asiento;  
Este los recogió, que no debiera,  
Aunque debió de ser con buen intento;  
Después al reino se mudó, dejando  
Al fray Andrés de Albis con su mando.

Viéndose ya señor del monasterio,  
El apetito fué de mayor cebo,  
Pues quiso ser monarca del imperio  
De cuanto damos hoy al mundo nuevo;  
Y no fuera milagro ni misterio  
Ahogarse con un tan solo huevo,  
Porque veais á qué se determina  
En traje de humildad una gallina.

En este tiempo, por lo sucedido  
En los rebeliones mal fundados,  
Habian muchos de Pirú venido  
Por Gasca, presidente, desterrados;  
Y el destierro debió de ser medido  
Segun la cualidad de los pecados,  
Y los que merecian menor pena  
Se quedaban allí por Cartagena.

Diego de Vargas Caravajal era  
Uno destos, y Ochoa, vizcaino,  
Que mucho rehusaron la carrera  
Cuando con la traicion el fraile vino;  
Mas él los indució de tal manera  
Que se prendaron deste desatino;  
Y estos dos, que después hicieron piezas,  
Quedaron señalados por cabezas.

Comienzan á juntar gente baldía,  
Armas y belicosos instrumentos,  
Con el secreto que les convenia  
Debajo de solemnes juramentos;  
Y el dicho fray Andrés señaló dia  
Para principios tristes y sangrientos,  
Ocupados estando los vecinos  
En los oficios sacros y divinos.

Fué la resolución entrellos esta,  
Dispuesta por el monaco profano:  
Predicar él en una cierta fiesta,  
Por ser predicador el mal cristiano,  
Y allí los acabase gente presta  
Cuando hiciese señas con la mano;  
Mas para sus contentos y placeres  
Reservasen á solas las mujeres.

Concertados los torpes desvarios,  
Puestas las cosas todas en sus manos,  
Hacian cuenta de tomar navios,  
Y en ellos embarcarse los tiranos  
Para domar los otros señorios  
De Panamá, con pueblos comarcanos,  
Y desde Panamá pasar á Lima  
Y subyectar el resto de por cima.

Estas cosas y otras representa  
El mal prior á todos los damnados,  
Y dice que de gente descontenta  
De los que fueron mal galardonados,  
Y muchos que vivian con afrenta,  
Innumerables eran los soldados  
Dispuestos á pasar esta carrera,  
En viendo levantar cualquier bandera.

Encarece su próspera ventura  
Hablando con la pérfida cuadrilla,  
Promete colocallos en altura  
De que suele gozar escelsa silla:  
Mirad á cuánto llega la locura  
De un hombrecillo vil y con capilla,  
Queriendo ya trocalla por almete  
Y de tan gran traicion ser alcabete.

Pues cuando la traicion y alevosía  
Intentaba con tacito recado,  
Era ministro de la sacristía  
Un Alonso Ruiz, bien inclinado,  
Que fué después por su sabiduría  
En este Nuevo Reino prebendado,  
Músico principal de voz y dedo,  
Y natural del reino de Toledo.

Este que no sabia desta guerra  
Que por traidora gente se movia,  
Un mancebo tenia de su tierra  
En su posada y en su compañía:  
La memoria del nombre ya se yerra,  
Que no me acuerdo cómo se decia;  
Pero por no tener aviamiento  
Para Pirú, vivia descontento.

Y viéndolo con angustioso pio  
El Alonso Ruiz, por consolallo,  
Para subir al reino por el rio  
Habló con quien podia negociallo,  
Y hasta la barranca le dió avio  
De tamemes ladinos y caballo,  
Y allí canoas y matalotaje  
Para que prosiguiese su viaje.

Salió de la ciudad el peregrino  
Con este sobredicho pensamiento,  
Y á la primer jornada del camino  
Topó con tres de los del alzamiento,  
En heredad cercana de un vecino,  
Donde les proveian de sustento,  
Debajo de buen fin y sin sospecha  
De la grave maldad que se pertrecha.

Los tres de la cuadrilla detestable  
Hiciéronle muy buen acogimiento,  
Y mediante conversacion afable,  
Supieron de sus pasos el intento:  
Dijéronle ser tierra miserable  
Y camino de gran desabrimiento;  
Que se lo mostrarán de mas regalo,  
Donde deseche presto pelo malo.

Muchas cosas le dicen, y en efeto,  
Después de conjuradas prevenciones,  
Le descubrieron en lugar secreto  
Sus traidoras y malas intenciones;  
El cual sin discrecion y sin respeto  
Se venció de sus pérfidas razones,  
Y hasta ver aquella maldad llena  
Determinó volver á Cartagena.

Entróse sonriendo por el nido  
Adonde hizo su primer escala;  
El Alonso Ruiz, como le vido  
Entrar con su hatillo por la sala,  
De repentina cólera movido,  
Le dijo: «Vengais mucho en hora mala;  
Gasté por aviaros infinito,  
¿Y volveis á las ollas de Egipto?»

El mozo le responde: «No se espante  
Vuesa merced, señor, que no quisiese  
Por agora pasar mas adelante,  
Pues en ello me va gran interese,  
Y sé que me dirá ser importante  
Si por ventura yo se lo dijese.»  
El Alonso Ruiz luego le instiga  
Con importunidad que se lo diga.

Llegóse del oido muy cercano,  
Y declaróle toda la substancia:  
El otro, que sintió furor tirano,  
Le dijo sin guardar mas circunstantia:  
«¿Oh hi de puta, puto, mal cristiano!  
¿Y ese llamais negocio de importancia?  
Id al adelantado, dadle cuenta  
Quién es aquel que tal maldad intenta.»

No reparéis ganarme por la mano  
Antes que mis palabras se deslicen;  
Mira que luego declareis de plano  
Todo cuanto sabeis y aquellos dicen,  
Porque si no, prometo de un villano  
Que tengo de hacer que os descuarticen.»  
El mozo le rogó que con él fuese  
Para que su mandado se cumpliese.

Viéronse pues con el adelantado,  
Y el Alonso Ruiz, como debía,  
Dijo luego: «Señor, este soldado  
Quiere hablar con vuestra señoría  
Un negocio que dice ser pesado,  
Y rogóme que fuese yo la guía:  
No sé lo que se quiere; pero siento  
Que debe ser negocio de momento.»

Para que la razon fuese tan nota  
Cuanto fueron los sonos que le dieron,  
En parte de la casa mas remota  
Heredia y el mancebo se metieron,  
Donde le relató, sin faltar jota,  
Lo que los tres soldados le dijeron;  
Y así con la debida diligencia  
Mandó traer los tres á su presencia.

Fué la prision nocturna, sin ruido,  
Y con tan recatado miramiento,  
Que de nadie fué visto ni sentido  
Aquel acelerado mandamiento;  
Y dellos el delicto conocido,  
Sin que los apremiasen con tormento,  
Supo también, para mayor aviso,  
En otras circunstancias lo que quiso.

Pues como la maldad fuese notoria  
Contra las honras, vidas y caudales,  
Y no para perder de la memoria  
El hacer diligencias puntuales,  
Fué, como general, Joan de Villoria  
Con copia de vecinos principales  
A Cipacua, para prender traidores  
Y al fraile y á los otros dos autores.

Despachóse también por otra via  
A don Luis Bravo, cierto caballero  
Que en este Nuevo Reino do vivia  
Lo conocí después encomendero;  
Aqueste recogió gente baldía  
Tocada de la mancha que refiero,  
Y culpados ó libres de la pena,  
Llevó gran cantidad á Cartagena.

Hizo Villoria pues jornadas largas  
Hasta poner en su lugar la proa:  
Espántanse de ver lanzas y adargas  
Que hieren rayos de la parte eoa;  
Prenden por buenos términos al Vargas,  
A los frailes también y al Pedro Ochoa;  
Ansimismo prendieron los soldados  
Que con ellos estaban congregados.

Algunos sueltos y otros en cadena  
Con palabras de buen comedimiento,  
Llegan á la ciudad de Cartagena,  
Y al Vargas se le dió luego tormento;  
El cual y los demás dignos de pena  
Declararon con él su mal intento,  
Y segun merecia su malicia,  
Se hizo dellos ejemplar justicia:

El Ochoa y el Vargas arrastrados  
Y en ocho partes ambos divididos;  
Los demás oficiales ahorcados,  
Y con azotes los demás punidos;  
A Castilla los frailes desterrados,  
Con grillos en navios son metidos;  
Otros menos culpados en el yerro  
Condenados salieron á destierro.

Como surgiese pues en la Habana  
La nao do fray Andrés estaba preso,  
Tentó de se huir con obscurana,  
Sin nadie poder ver aquel esceso;  
El cual, viendo con viento tramontana  
Estar un cable acia tierra tieso,  
Asiendo dél creyó que guía fuese  
Para llegar adonde se abscondiese.

Y así le sucedió, pues en alcance  
Yendo de tierra para tomar puerto,  
La nao parece ser hizo balance,  
Tal que quedó con aguas encubierto;  
Y en este mas que miserable trance  
Lo recibió la blanca Tetis muerto:  
Dicen que lo hicieron dios marino,  
Mas á creello no me determino.

Aqueste fué su fin y paradero  
Por noviembre del año precedente....  
Y luego después desto, por enero,  
El otro que á cincuenta fué siguiente,  
Espanto y alboroto mas entero  
A la ciudad le vino de repente,  
Por casual y general incendio,  
Del cual quiero hacer breve compendio.

Tenian casas en aquella era  
Personas pobres ó calificadas,  
Los altos y los bajos de madera  
Con cogollos de palmas cubijadas;  
Y aun hoy algunas hay desta manera,  
Que no todos las tienen mejoradas,  
Y son las sobredichas coberturas  
Para llamas de fuego mal seguras.

Porque con soplos del continuo viento  
Y el ardiente calor, están las ramas  
Dispuestas siempre para nutrimento  
De las veloces y movibles llamas,  
No con menos lijero movimiento  
Que globos que deshacen duras tramas,  
Impelidos del polvo salitroso  
Por el cañon cruel y fulminoso.

Al tiempo pues que negras confusiones  
Cubrian con su nubo tenebroso  
A gentes de las indias regiones,  
Llenas de soporífero reposo,  
Una mujer tomaba las unciones,  
Que padecía mal contagioso,  
Y las ministras se dejaron brasas  
Pegadas á la cerca de las casas.

Enciéndense los palos con la lumbre,  
Y fué la fuerza dellos de manera,  
Que voló presto hasta la techumbre  
Y salió por encima la cumbre,  
Usando de su natural costumbre,  
Invalescendo contra la madera:  
Salta del lecho la doliente dama  
Como vido los humos y la llama.

Eran aquestas casas al remate  
Del pueblo, que es do leste se deriva;  
Y entonces era tanto su combate  
Que no se vido cosa mas esquivada:  
Centellas sobre las demás abate,  
Y con furiosos soplos las aviva;  
Vieron la lumbre gentes castellanas  
Y á gran priesa repican las campanas.

Los de la ciudad alborotada,  
Pensando ser cosarios, salen fuera:  
Huye sin su marido la casada,  
Sin esperar á padre la soltera,  
Una descalza, otra destocada  
Y otra con menos ropa que quisiera;  
Otros acuden al primero fuego  
Imaginando mitigallo luego.

Pero la llama con sus remolinos  
Por varias partes los escandaliza,  
Y el viento con fumosos torbellinos  
Y presurosos soplos mas atiza,  
Tanto que casas de los mas vecinos  
Se convierten en polvo y en ceniza:  
La revuelta, la grita y el estruendo  
De las gentes y llamas es horrendo.

Segun un rio cuando va crecido  
Y baja de los altos de repente,  
Por piedras y peñascos divertido,  
Fuera del curso viejo la creciente,  
Que con aquel acuático ruido  
Se turban los oidos de la gente,  
Y con el rumor sordo y espantable  
No se percibe cosa que se hable:

Así también con los fogosos sonos  
De las pajizas casas que se encienden,  
Iban en crecimiento turbaciones,  
Sin que supiesen quiénes los ofenden;  
Y si preguntan causas y razones,  
Los unos á los otros no se entienden,  
Ni nadie dellos en aquella plaga  
Sabe qué se responda ni qué haga.

Los que pensaban ser cosario marte  
Y sobresalto de francés avaro,  
Huyendo van por una y otra parte,  
El ausencia tomando por reparo;  
Pero la mucha lumbre fué de arte  
Que se desengañaran con su claro:  
Cada cual vuelve do su casa arde,  
Pero cuando vinieron era tarde.

Porque la llama fué tan presurosa,  
Sin que breve momento reparase,  
Que fué substancia poco provechosa  
Ya que de llamas algo se librase,  
Y á todos cuasi no les quedó cosa  
Que no se consumiese y abrasase;  
De tal manera, que los mas subidos  
Quedaron totalmente destruidos.

Heredia viendo desde plaza rasa  
Arder la iglesia, fué por socorrella,  
Y cuando revolvió sobre su casa,  
Do vió prevalecer viva centella,  
Hallóla toda ya tan hecha brasa,  
Que se le quemó todo, sin que della  
Pudiesen escapar cosa ninguna:  
Que fué terrible golpe de fortuna.

La cual no tuvo menos inelemencia  
Con él después, trienio ya pasado,  
Porque le vino para residencia  
Por juez el doctor Juan Maldonado,  
Fiscal y oidor después en el audiencia  
Deste distrito ya conmemorado,  
Donde residen hoy sus tres sobrinas  
Que son de grandes alabanzas dinas.

Doña Leonor, doña Isabel, doña Ana,  
Puestas con gran razon en escriptura  
Con tinta de alabanza soberana,  
Porque demás del don de hermosura,  
Su gran bondad, honor, vida cristiana,  
Camino van de celestial altura,  
Y no menos lo llevan sus concetos  
De hijos y de hijas y de nietos.

Aqueste doctor era de Sevilla  
Y por algunas prendas obligado  
Al favor de George Quintanilla,  
Vecino principal y muy honrado,  
Pero del número de la cuadrilla  
Que perseguian al adelantado;  
Y en esta residencia que refero  
A mí me consta selle mal tercero.

Para tomalle pues la residencia  
Término señalado se pregona;  
Y aunque tuvo debida reverencia  
En tractar con respecto su persona,  
Aquel odio, rancor y mal querencia  
Del que ya señalé lo desentona,  
Y otras muchas dañadas intenciones  
Le hicieron usar de sinrazones.

También Beltrán, á cuyos pedimientos  
El juez vino con humor adusto  
Por agravios y malos tractamientos,  
Fué causa principal de su disgusto,  
Pues en dar ó quitar repartimientos  
Ningun juez en Indias es tan justo  
Que pueda segun las variedades  
Ajustarse con todas voluntades.

A dar favor á este se convierte  
Toda la junta de los mal querientes,  
Con ser un hombre no de tanta suerte  
Que poseyese prendas eminentes;  
Mas en efecto, causa de su muerte  
Y de gran sinsabor á sus parientes,  
Por arrimar jueces el derecho  
A quien les encamina mas provecho.

Y así, para salir con el intento,  
Este doctor con leyes lo reboza;  
También con sus parientes al momento  
Anduvo la pasion á toda broza;  
Quitó los indios y repartimientos  
Al capitán Alvaro de Mendoza;  
Pero volviélosos mejor justicia  
Después que les constó de la malicia.

Pues el adelantado como via  
Que procuraban dalle zancadilla,  
Y que con el doctor prevalecia  
La mala voluntad de Quintanilla,  
Consideró que mucho le cumplia  
Apresurar sus pasos á Castilla;  
Y así se despachó secretamente,  
Y Alvaro de Mendoza juntamente.

Sigue con mal agüero la derrota,  
Y en una conjuncion que no debiera,  
Por ir en los navios de la flota  
De que Gomez Farfán general era,  
Donde fortuna mala fué pilota,  
Entonces falsa y antes lisonjera;  
Pero pudo meter en el Habaña  
Cosme Farfán su flota toda sana.

Hasta llegar allí no faltó maña,  
Por ser hombre de mar bien advertido;  
Serian veinte naves de compañía,  
Con las cuales estuvo detenido,  
Esperando las de la Nueva-España,  
Tres meses en amores divertido,  
Todos los del viaje descontentos  
Por las tardanzas y detencimientos.

Durantes estos dias mal gastados,  
Como por ciertas causas se desamen  
Santos de Alger y Marañon, soldados,  
Allí tuvieron singular certamen,  
Y solos, de sus armas preparados,  
Hicieron de las fuerzas tal examen,  
Que en el litigioso desconcierto  
Uno destos soldados quedó muerto.

El vivo, por la pena merecida  
Que recelaba por sus maleficios,  
A gran priesa tomó para guarida  
La casa de los santos sacrificios:  
Farfán al Marañon viendo sin vida,  
Tomó soldados que halló propicios,  
Y al Santos que con santos halló solo  
Sacólo de la iglesia y ahorcólo.

Hizo sus diligencias el prelado  
Antes que ejecutase la sentencia;  
Y visto no cumplirse su mandado,  
Sino perseverar en la demencia,  
Con anatema fué descomulgado,  
Por los quebrantamientos y violencia;  
Reiase Farfán, y como loco  
Tuvo la tal descomunión en poco.

Y así, sin procurar absoluciones  
Ni se parar á correccion cristiana,  
Haciéndole cien mil protestaciones  
Cada dia la gente castellana  
Acerca de sus grandes dilaciones,  
Determinó salir de la Habana,  
Y aun porque don Antonio de Ribera  
Esta quiso dejar y salir fuera.

El cual llevaba del Pirú bastantes  
Recados de poderes é instrucciones  
Para pedir al rey cosas tocantes  
Al bien de aquellas prósperas regiones;  
Y solo, sin los otros navegantes,  
Quiso salir de aquellas confusiones,  
En San Andres, un galeon terrible  
Que compró por ser hombre de posible.

Tal intencion por el Farfán sabida,  
Que por ventura fué con tal intento,  
Dió pregon que so pena de la vida  
Nadie haga del puerto mudamiento;  
Mas aprestóse para la partida  
No sin sospecha grande de mal viento,  
Pero por los murmurios de las gentes  
No curó de mirar inconvenientes.

Salió del puerto, no de buena gana,  
Que de mar bonancible desespera,  
Y del galeon hizo capitana  
Donde iba don Antonio de Ribera;  
No hallan los navios la mar llana,  
Antes los contrastó tormenta fiera,  
Y cuanto mas la noche se cerraba  
La mar mas se movia y alteraba.

Durante pues aquella noche ciega,  
Por un rumbo que estaba mal seguro,  
El galeon á mas andar se aniega,  
Del cual mandan soltar un pasamuro;  
Luego la flota toda se le llega,  
Y dió cuenta Farfán del trance duro,  
Y á grandes voces le responde luego  
Un piloto llamado Joan Gallego:

«Señor, pues dais tan malas esperanzas  
De poder escapar desos estremos,  
Al sur teneis el puerto de Matanzas,  
Allá conviene mucho que arribemos,  
Porque fuera de tales destemplanzas  
Esas necesidades remediamos;  
Mas al entrar mirad por el alhaja  
Porque no zabordeis en una laja.»

El general le dijo: «Sed vos guía;  
Poned farol con la posible priesa,  
Porque por donde vos hicierdes via  
La derrota de todos será esa.»  
Entraron todos bien por do decia;  
Mas la nao llamada la Condesa,  
Por no saber el bajo no se arriedra,  
Y al entrar encalló sobre la piedra.

Surtas las otras naos y bajeles,  
Luego las otras gentes del viaje  
Rodean la Condesa con bateles  
Y sacan oro, plata y el fardaje,  
Hasta la carga de bovinas pieles,  
Y grandes cajas de matalotaje;  
Después con anclas y con cabestrantes  
Hicieron que nadase como antes.

Metiéronla, ya libre de la peña,  
Por parte que no cubre mal engaño,  
Y la cuadrilla nautica domeña  
Brazos robustos al henierto caño  
De la bomba, que luego les enseña  
Tener remedios prestos aquel daño;  
Y así los marineros oficiales  
Acuden con debidos materiales.

Della y del galeon fuera la ropa,  
Con lado que les da quien los menea,  
Recorriendo de proa hasta popa,  
La parte peligrosa se tantea:  
Aprietan calafates el estopa,  
Cubre costuras la teosa brea,  
De tal manera, que se hacen ciertos  
Que podrian dejar aquellos puertos.

Pero por se mostrar el mar obscuro,  
Cuarenta dias tienen de reposo  
Allí, que saben ser puerto seguro  
Contra furias del Orion proceloso  
Y bravas tempestades del Arturo  
Que entonces se mostraba riguroso;  
Al cabo de los cuales con bonanzas  
Salieron deste puerto de Matanzas.

Al escorpión nocivo Febo deja  
Por visitar al fuerte sagitario,  
Cuando la turba náutica perpleja  
Echa juicios con parecer vario;  
Pero por votos de los mas, se aleja  
Con los amenazar tiempo contrario,  
El efecto del cual fué de manera  
Que cada cual de vida desespera.

Y así la flota no va recogida,  
Porque con los rigores turbulentos  
Fué por diversas vías divertida,  
Molestada de aguas y de vientos;  
Llegó Cosme Farfán a la Florida  
Con las naos que siguen sus intentos;  
Hallóse la Condesa que echó sonda  
En solas ocho brazas de mar fonda.

Aviso quiso dar de la fondura  
Con voluntad, a lo que dicen, sana;  
Pero como no hay hora segura,  
Llegó sin que amainase la mesana,  
Y por inopinada desventura  
Embiste con la nao Capitana,  
Y el golpe que le dió fué tan pesado  
Que la rompió por medio del costado.

Todo cuanto tenía la cubierta  
Al mar tempestuoso se convierte;  
A las saladas aguas abrió puerta  
Para trance mortal infausta suerte,  
Pues allí si se via cosa cierta  
Era la certidumbre de la muerte:  
Oyense grandes gritos y alaridos  
De los que de las aguas son sorbidos.

Tristes pero brevisimas querellas  
En balde pudo dar Ana Carmeña,  
Y con ella también ocho doncellas  
Mestizas que servían a esta dueña;  
Pues hechas una balsa todas ellas  
El impio mar la muerte les enseña,  
Con otros, que debieron ser cuarenta,  
Absortos de la grávida tormenta.

Los otros de la mísera tragedia,  
Por jarcias y por mástiles asidos,  
Entre tanto que gente los remedia  
Y sean con bateles socorridos;  
Entre estos mismos don Pedro de Heredia,  
Farfán y don Antonio, sin vestidos,  
Que con el resto que no se pregona  
Entraron en la nao Bretendona.

Perdido pues aquel desta manera  
Por ocasión y via tan estraña,  
Los otros prosiguieron su carrera  
Hasta poner las proas en España;  
Mas en el golfo, con tormenta fiera  
Que cuanto mas navegan mas se ensaña,  
La nao Bretendona mal se halla  
Con agua que no pueden agotalla.

Pidió socorro como convenia,  
Y a lo dar ocurrieron con presteza  
Con nave que Cosme Buitron traia,  
Donde metieron toda la riqueza;  
Y entró la temerosa compañía  
Llena de confusion y de tristeza,  
Trocada cada cual de su figura  
Por tan continuada desventura.

Entraron licenciados y doctores,  
El buen Heredia y otros caballeros,  
Y Góngora y Galarza, dos oidores  
Que deste reino fueron los primeros;  
Entraron confusiones y temores  
Adivinando malos paraderos;  
Entró fuera de todo regocijo  
El gobernador Sancho de Clavijo.

Ansímismo subyectos a Neptuno  
Otros iban allí no tan insines,  
Mas con temor no menos importuno:  
Notarios, escribanos y malsines,  
De los cuales a uno ni ninguno  
Conoció que tuviese buenos fines,  
Antes tristísimos acabamientos  
Y sin gozar de santos sacramentos.

Bien creo yo que no haré cosquillas  
Al bien intencionado ni al modesto;  
Mas de muchos que vi por estas villas,  
Hablo tan solamente deste puesto,  
Podría declararos maravillas,  
Por mi consideradas cerca desto;  
Cuya muerte de nadie fué plañida  
Y tal que dió gran muestra de su vida.

Hambrientos lobos que todo lo quieren  
Y a los demás les cuentan los bocados;  
Vayan las cosas por adonde fueren  
La casa llena hasta los tejados;  
Robando viven y robando mueren  
Y en robos son sus días acabados;  
Y al cabo de la vida tanta mengua  
Que pocos dellos mueren con su lengua.

Destos iban allí no sé qué tantos,  
Y cada cual el cofre proveído,  
Que vistos los mortíferos espantos  
Quisieran muy mejor haber vivido:  
Todos llaman al Santo de los santos  
Con devoción y lánguido gemido,  
Porque el viento, la mar, la destemplanza,  
Quitaba del vivir la confianza.

Con esta furiosísima refriega  
Llegaron al paraje de Zahara,  
La costa della toda turbia, ciega,  
Y tal que no se via cosa clara;  
A los cables y ancoras entrega  
Buitron la nave dicha y allí para,  
Pensando que los inconstantes vientos  
Mitigarán sus ásperos alientos.

Pero la furia dellos era tanta  
Que desconsuela la compañía triste,  
Y de los bajos piés a la garganta  
El espumoso golpe los embiste;  
Hasta las altas gaviotas se levanta,  
Y por ninguna via se resiste:  
Cuanto oyen y ven los amenaza  
Y el hilo del vivir les adelgaza.

Temen que el agua no los arrebate  
De la cubierta por do va corriendo;  
Oyen por los peñascos el combate  
Donde las olas quiebran con estruendo;  
Impetuoso viento los abate  
Con furia, tempestad y son horrendo;  
En camisa, sin calzas y sin sayos,  
E ya todas sus fuerzas son desmayos.

Los unos y los otros lamentando,  
Hiriendo con temblor dientes con dientes,  
Tablas, barriles, palos procurando  
Con otros materiales diferentes,  
Para llevar con ellos sustentando  
Los cuerpos miserables y dolientes,  
Rendidos al rigor del mar airado  
Bravo, feroz y desapiadado.

En este trance mas que miserable  
Porque la noche no los ocupase,  
Pareciéndole medio razonable  
Con que la gente toda se salvase,  
Mandó Cosme Farfán cortar el cable,  
Y en la playa la nave zabordase;  
Lo cual se hizo como lo mandaba,  
Pero no sucedió como pensaba.

Porque como llevaba tanta carga,  
A breves pasos encalló la quilla;  
Fué para brazos la distancia larga,  
Pues con ellos pretenden el orilla;  
Allí la confusion triste y amarga,  
Allí la turbación y la manilla;  
Fuera recelán el mortal encuentro,  
Peor y mas crúel si quedan dentro.

Ya la nao por partes se reparte;  
Fuera de su lugar el timon anda,  
Las obras muertas van por una parte,  
Jarcias y velas van por otra banda;  
Nadan los que son diestros en el arte,  
Como necesidad urgente manda;  
A tierra llegan recios marineros  
Y Farfán y Buitron de los primeros.

Los menos diestros en aquestos usos,  
Cuyas cubiertas son las carnes solas,  
Andan allí revueltos y confusos  
Tragando ya la muerte con las olas;  
Quiembra Laquésis los vitales husos  
A mas de cien personas españolas,  
Entre los cuales son los dos oidores  
De mas quieto fin merecedores.

Otros muchos juristas y escribanos  
Bullian por las ondas muy espesos,  
Pero no se valían de sus manos  
Para contra la mar hacer procesos:  
Perecen ellos y papeles vanos  
Do pintaron aposta los escesos;  
Y a los del licenciado Juan Montañón  
El agua no les quiso hacer daño.

Porque viéndolos ir con tales sellos,  
El marino rigor dellos se espanta;  
Digo que se espantó la mar de vellos,  
Y así no los corrompe ni quebranta;  
Y tales en efecto fueron ellos,  
Que su culpa pagó con la garganta,  
Pues exención tan llena de furoros  
No debió merecer fines mejores.

Télez, que secretario fué primero  
En este reino, ya libre de faldas,  
Se concertó con cierto marinero  
Que lo sacase sobre sus espaldas,  
En pago de lo cual le dió dinero  
Y algunas buenas piedras esmeraldas;  
Cogió las joyas y el delphin se anima  
A navegar con Arion encima.

El Arion novelo se consuela  
Viéndose ya llevar desta manera:  
Mas el delphin robusto que recela  
Poder llegar al fin de la carrera,  
Faltó como faltaba la vibuela,  
Antes de lo sacar a la ribera:  
Al fin Alonso Télez se le queda  
Muerto, y él escapó con la moneda.

La dura tempestad le fué propicia  
Viéndole las espaldas descargadas;  
Mas con duro flagelo de justicia  
Después se las pararon coloradas,  
Diciendo que lo hizo de malicia  
Personas que venían rezagadas,  
A quien valió contra la violencia  
Saber nadar y buena diligencia.

El buen adelantado se adelanta  
En confianza de salir a nado:  
Una vez con las olas se levanta,  
Dellas es otra vez precipitado,  
A la resaca llega, mas es tanta  
Que no le consentía tomar vado,  
Y así lo que buen ánimo consulta  
Quebrantada vejez le dificulta.

Adonde ve mas quietud arriba,  
Su vencedora fuerza ya vencida;  
En tierra dos ó tres veces estriba,  
Poco le falta para la salida....  
Mas un gran mar de tumbo lo derriba,  
Que fué postrer remate de la vida  
Del capitán egregio, sabio, fuerte,  
Indigno de morir tan mala muerte.

No pudiera con él onda violenta  
Viendo sus brazos en edad mas moza;  
No falta pues allí quien lo lamenta  
Y que de corazón gime y solloza;  
Pues escapó de la crúel tormenta  
El capitán Alvaro de Mendoza,  
Marido digno de mujer tan dina  
Cual es doña Francisca su sobrina.

Digo sobrina del adelantado,  
En su remate falta de ventura,  
Cuyo cuerpo no pudo ser hallado  
Para dalle terrena sepultura,  
Aunque con ansiosísimo cuidado  
Alvaro de Mendoza lo procura,  
El cual se libró de la mar insana  
En una carabela lusitana.

Llegó la nueva pues a Cartagena  
Y larga relación deste conflicto,  
Donde se recibió tan grave pena  
Que no sabré pintalla por escrito:  
En cada casa generosa suena  
Un gran clamor y doloroso grito;  
Las generosas damas y doncellas  
Daban impacientísimas querellas.

En todos era general el lloro;  
Amigos y enemigos enlutados;  
Los cabellos que esceden hebras de oro,  
Vuelan aquí y allí despedazados;  
Destiérnanse las galas y el decoro  
Que solían usar tiempos pasados;  
Hacen demostración destos dolores  
Las sonoras campanas con clamores.

Y aquella dueña digna de memoria,  
Su sobrina mayor dona Costanza,  
Viuda ya del buen Juan de Villoria,  
Con prendas de no menos esperanza,  
Su sentimiento fué cosa notoria  
A los que conocimos su templanza;  
Pues yo con otros muchos circunstantes  
Oíamos palabras semejantes:

« ¡ Oh lumbre de mis ojos, padre mio,  
De mi ventura claro fundamento,  
Pues que padre me fuestes mas que tio,  
En regalos, amor y tractamiento!  
No merecía ser vuestro desvío  
Fatal entre furoros de agua y viento,  
Do la manera del morir escede  
Al dolor que quitar la vida puede.

» A todas las humanas criaturas  
Bien veo que el morir les es anejo;  
Mas de morir en estas coyunturas  
Y concluir con tan amargo dejo,  
Las entrañas crúeles y mas duras  
Conocerán que con razón me quejo;  
Pues que ser y valor tan agradable  
No merecía fin tan miserable.

» Oh fortuna crúel, vil, inconstante,  
Cuán insufribles son tus desafueros!  
¿ Quién vivirá con golpe semejante  
Sin desear sus días postrimeros,  
Pues así nos quitaste de delante  
Honra de los honrados caballeros?  
¿ Arrebatástenos, facinerosa,  
Un ejemplar de vida virtuosa!

» Venciste ya la vencedora mano;  
Llevástenos al invencible pecho,  
Aquel entendimiento soberano,  
Y al instrumento del comun provecho,  
A quien a todos fué padre y hermano,  
Cabal en las palabras y en el hecho,  
Fácil en perdonar cualquier injuria  
En movimiento de la mayor furia.

» Nunca jamás apeteció venganza,  
Y en las ejecuciones del castigo  
Muy menor el rigor que la templanza,  
Y tanta mas cuanto mas enemigo:  
Comun y general es la probanza  
Que puede confirmar esto que digo;  
Razon hace hablar, y no fatiga,  
Sin temor de que nadie contradiga.

Con tales loas voz enternecida  
Los oídos hirió de los oyentes;  
Las cuales, si razón es conocida,  
No se pueden decir impertinentes,  
Y a vuelta de las quejas no se olvida  
De las cosas al alma convenientes,  
Pues para celebrar los funerales  
Hizo las diligencias principales.

Vinieron luctuosas compañías,  
Ansí de dueñas como de varones;  
Acudieron devotas cofradías,  
El dean y cabildo y religiosos;  
Hubo por el espacio destos días  
Luculentos y pródigos sermones,  
Y todo lo demás tan en su punto  
Que se mostró por él el del difunto.